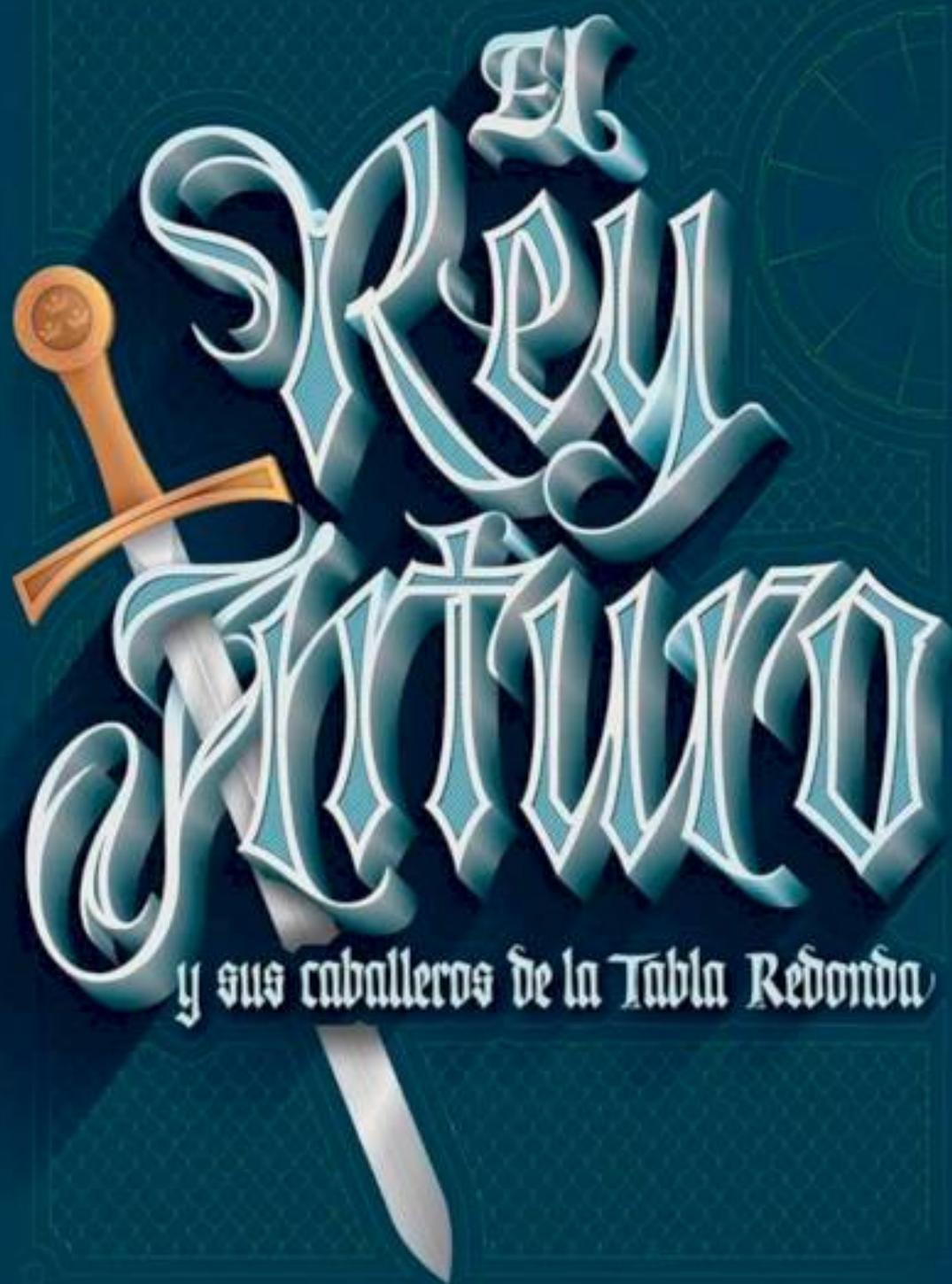


ROGER LANCELYN GREEN



«—¡Salve, rey y reina de Logres! —les saludó Merlín—. Vuestros asientos os esperan, así como a otros ciento cincuenta caballeros: los caballeros de la Tabla Redonda. Sobre cada silla encontraréis en letras de oro el nombre del caballero a quien corresponde. Y cuando un caballero caiga en batalla o muera, y arméis un nuevo caballero para que le sustituya, el nombre de este último aparecerá en el respaldo, y el del caído desaparecerá de él. Mas que nadie tema, que los nombres de los caballeros de la Tabla Redonda vivirán para siempre».

Índice de contenido

Intrépido lector

Nota del autor

Libro primero. La venida de Arturo

Capítulo 1. Las dos espadas

Capítulo 2. Balin y Balan

Capítulo 3. La primera aventura de la Tabla Redonda

Capítulo 4. La magia de Nimue y del hada Morgana

Libro segundo. Los caballeros de la Tabla Redonda

Capítulo 1. Sir Gawain y el Caballero Verde

Capítulo 2. La primera aventura de sir Lanzarote

Capítulo 3. Sir Gareth o el Caballero de la Cocina

Capítulo 4. Sir Tristán y la bella Isolda

Capítulo 5. Gereint y Enid

Capítulo 6. Sir Gawain y la dama Ragnell

Capítulo 7. Sir Perceval de Gales

Capítulo 8. La historia de Lanzarote y Elaine

Libro tercero. La búsqueda del Santo Grial

Capítulo 1. De cómo el Santo Grial llegó a Camelot

Capítulo 2. Las primeras aventuras de sir Galahad

Capítulo 3. Las aventuras de sir Perceval

Capítulo 4. Las aventuras de sir Bors de Ganis

Capítulo 5. Las aventuras de sir Lanzarote

Capítulo 6. De cómo Lanzarote y Gawain llegaron a Carbonek

Capítulo 7. El final de la búsqueda

Libro cuarto. La partida de Arturo

Capítulo 1. Lanzarote y Ginebra

Capítulo 2. Las intrigas de sir Mordred

Capítulo 3. La última batalla

Epílogo. Avalón

Sobre el autor

Intrépido lector:

Cuando contamos un cuento, a menudo podemos añadir detalles, exagerar otros...; somos libres de contar nuestra propia historia. Eso es lo que ha ocurrido con el rey Arturo: el libro que tienes entre las manos es el resultado de muchas historias que se contaron durante siglos y siglos. Su autor, Roger Lancelyn Green, es el último de los numerosos escritores que han recogido este mito a lo largo de los siglos.

En este libro encontrarás las más maravillosas historias de caballeros que van en busca de aventuras y que, en muchas ocasiones, tienen que luchar contra hechizos mágicos y encantamientos de amor. El mundo de Arturo era un lugar en el que las ofensas se resolvían sobre el caballo y espada en mano. Y, por antiguo que nos pueda parecer, las historias de los caballeros que se sientan alrededor de la Tabla Redonda siguen haciendo que nos mordamos las uñas y que, de noche, soñemos con viajar a la cabaña del Caballero Verde y con montar en el barco de Tristán para encontrar a Isolda.

¡Lanza en ristre, que comenzamos!

Nota del autor

La historia del rey Arturo y las aventuras de sus caballeros han sido narradas tantas veces que, a primera vista, no parece que haya motivo para volver a contarlas una vez más.

Sin embargo, dejando aparte versiones poéticas de leyendas aisladas debidas a autores como Dryden, Morris, Tennyson, Swinburne y Charles Williams, prácticamente ningún escritor en lengua inglesa ha hecho otra cosa que condensar la narrativa de sir Thomas Malory, acortándola y adaptándola a la edad de su audiencia, aunque siguiéndole siempre con mayor o menor fidelidad.

No obstante, se ha demostrado recientemente que el mismo Malory no concibió su libro sobre el rey Arturo como una obra unificada, sino más bien como una colección de narraciones dispersas, basadas en distintas fuentes francesas: existe cierta coherencia, pero no un plan específico.

Exactamente ése es mi propósito, hacer de cada aventura parte de una estructura global: el reinado de Arturo, el reino de Logres, el modelo de la caballería y la rectitud enfrentado a la barbarie y al mal que lo rodean y que, al final, acabarán por engullirlo. Sin embargo, este objetivo no deja de ser un mero punto de partida sobre el que ir tejiendo las aventuras, gestas y hazañas mejor conocidas de los más famosos caballeros de la Tabla Redonda; a este núcleo se añaden algunos pocos episodios menos divulgados que encajan bien en el conjunto.

En general, me he basado en Malory con la excepción de algunas historias aisladas no incluidas en su libro; pero no me ha parecido necesario ceñirme a él servilmente, de

la misma forma que él tampoco fue excesivamente escrupuloso a la hora de recombinar e interpretar sus múltiples fuentes francesas.

El punto de partida es el Arturo histórico, el Caudillo o *Dux bellorum* cuya posición en la Britania del siglo V — cuando la civilización romana opuso su última resistencia a la invasión sajona— describe R. G. Collingwood en su *Roman Britain*. También he recurrido a la pseudohistoria de Geoffrey de Monmouth y a la crónica en verso de Layamon. De estas fuentes he sacado unas pocas ideas y detalles para el Libro primero, aunque en esencia es Malory al cien por cien, excepto por la descripción de Balin en la Capilla del Grial, que proviene del *Merlin* francés, y por la prisión de Merlín a manos de Nimue, basado en el romance en prosa *Merlin*, escrito en inglés medio.

En el Libro segundo, «Sir Gawain y el Caballero Verde» está tomado del famoso poema en inglés medio del mismo nombre. «La primera empresa de sir Lanzarote» es de Malory, pero el relato de su llegada a Camelot (que Malory omite) proviene del romance en prosa francés *Le Livre de Lancelot du Lac*. «Sir Gareth», la siguiente historia, parece ser invención del propio Malory; me he limitado a seguirle, condensando un poco y suavizando algo el final. Para tratar de Tristán he abandonado a Malory y me he basado en una versión anterior (que aparentemente él no conoció) de Gottfried von Strassburg. La historia de «Gereint y Enid» (no incluida por Malory) es una adaptación del galés *Mabinogion*, con un par de detalles del *Erec et Enide* de Chrétien de Troyes. «Sir Gawain y la dama Ragnell» (que no aparece en Malory) está basado en un poema y una balada en inglés medio y no parece haber sido reelaborado desde la época en que fue compuesto. Como tampoco se habían vuelto a contar muchas de las primeras aventuras de Perceval, para las que he recurrido a otro poema en inglés medio y a numerosas escenas del francés *Conte du Graal*. «La historia de Lanzarote y Elaine» viene directamente de Malory,

lo mismo que mi Libro tercero, «La Búsqueda del Santo Grial», excepto para los avatares de Gawain en el Castillo del Grial, que son del alemán *Diu Crône*, de Heinrich von dem Türlin. Las aventuras finales de Perceval son del alemán *Parzival*, de Wolfram von Eschenbach. (Estoy muy agradecido por las sinopsis que de estos poemas ofrece el *Studies on the Legend of the Holy Grail* de Alfred Nutt).

El Libro cuarto es directamente de Malory: «La última batalla» está calcada casi palabra por palabra en lo que constituye una de las más acabadas tragedias de la literatura inglesa. La muerte de Lanzarote y el planto de sir Héctor son también de Malory, aunque el relato del hallazgo de las tumbas en Glastonbury está sacado de una crónica latina medieval, y la historia del pastor y la caverna es una versión de la leyenda popular recogida por sir Edmund Chambers en su *Arthur of Britain*, libro con el que tengo una profunda deuda de gratitud, al igual que con el magnífico trabajo de J. D. Bruce, *The Evolution of Arthurian Romance*.

Éstas son mis fuentes, que he utilizado de manera muy similar a como Malory utilizó las suyas. En lugar del «ciclo artúrico» francés, yo he dispuesto de la propia obra inmortal de Malory. También he tenido la ventaja de conocer no solamente los romances en los que él se basó, sino que he podido lanzar mi red más lejos en busca de versiones e incidentes de una de las más importantes series de leyendas de la literatura universal. Ningún escritor puede rivalizar con el talento narrativo del autor de *Le Morte D'Arthur* según la versión que nos dejó hace casi exactamente quinientos años. Pero con las grandes leyendas pasa lo mismo que con los mejores cuentos de hadas: cada época debe volver a contarlas, pues siempre hay en ellas algo nuevo por descubrir; cada reelaboración las presenta a la siguiente generación con renovada viveza y frescura, y es ahí donde radica su inmortalidad.

LIBRO PRIMERO

LA VENIDA DE ARTURO

CAPÍTULO 1

Las dos espadas

Desde que el malvado rey Vortiger invitó por vez primera a los sajones^[1] a establecerse en Gran Bretaña para que le ayudaran en sus luchas contra los pictos^[2] y los escotos^[3], la isla no volvió a conocer largos periodos de paz. Densos bosques cubrían amplias extensiones del país, pero también había grandes zonas de campo abierto salpicadas de pueblos y ciudades, fincas y casas de campo, tal y como las habían dejado los romanos poco tiempo antes. Cuando los sajones vieron estas riquezas, ya no se resignaron a volver a sus tierras salvajes e incultas de Dinamarca y Alemania. Año tras año, nuevas oleadas de invasores se deslizaban con sigilo en sus largos barcos sobre las olas del Mar del Norte para matar a los britanos^[4] o expulsarlos de sus casas.

Vortiger había muerto, y también Aurelio Ambrosio, el último de los romanos. Entonces Uter Pendragón, a quien algunos llaman hermano de Ambrosio, se convirtió en caudillo de los britanos. Derrotó a los sajones en muchas batallas y trajo la paz a los territorios sobre los que reinaba en el sur de la isla de Bretaña: a Londres, y a Winchester, que entonces se llamaba Camelot, y a Cornualles, donde Gorlois, su leal vasallo^[5], era duque. Mas Uter se vino a enamorar de la mujer de Gorlois, la hermosa Igraine, y hubo desavenencia entre los dos nobles, hasta que murió Gorlois, y Uter se casó con su viuda.

Uter la visitó por primera vez en el castillo encantado de Tintagel, la tenebrosa fortaleza que se erigía en la costa de Cornualles, y Merlín fue testigo de este amor. Un hijo nació de la unión de Uter e Igraine, aunque de lo que sucediera con este niño sólo el mago Merlín podía dar noticia, pues

fue él quien, en lo más cerrado de la noche, se llevó al recién nacido por un pasadizo secreto que se descolgaba por el acantilado; y nadie más había que supiera dar noticia del destino de aquel infante.

Uter no tuvo más descendencia, aunque Igraine había tenido de Gorlois otras tres hijas. Dos de ellas ya eran mayores cuando Igraine se convirtió en reina, y estaban casadas: Morgawse con Lot, rey de Orkney, y Elaine con Nantres, rey de Garlot. Las dos tuvieron hijos que en su día se contaron entre los más animosos caballeros de la Tabla Redonda. Pero la tercera, el hada Morgana, tan sólo era una niña cuando murió su padre, y fue enviada a un convento de monjas para su educación. A pesar de ello, por diferentes medios aprendió artes mágicas, que cuando fue mayor utilizó para sus fines perversos.

El rey Uter Pendragón sólo disfrutó de un breve periodo de felicidad junto a la bella Igraine, pues los sajones pronto volvieron a mover guerra contra él enviándole esta vez un traidor como sirviente, el cual envenenó al rey y a muchos de sus vasallos.

Después se sucedieron los días más funestos y miserables que hubieran conocido esas tierras. Los caballeros del rey Uter lucharon entre ellos por el derecho a ceñir la corona; y los sajones, al percatarse de la falta de un caudillo que uniera tras de sí a los britanos, avanzaron más y más en su conquista de Bretaña.

Siguieron años de miseria y desasosiego, hasta que llegó la hora señalada. Entonces Merlín, el buen encantador, emergió de los valles profundos y misteriosos del norte de Gales, región que en aquellos días se conocía como Gwynedd, cruzó Powys, o sur de Gales, y recorrió el camino que le separaba de Londres. Y tan grande era su fama que ni sajones ni britanos se atrevieron a estorbarle la marcha.

Merlín llegó a Londres y habló con el arzobispo, y de mutuo acuerdo convocaron una gran reunión de caballeros para el día de Navidad. Tantos fueron los congregados que

no había sitio para todos ellos en la iglesia de la abadía, de forma que muchos tuvieron que seguir los oficios desde el patio de la iglesia.

En mitad del servicio se elevó de repente un murmullo de admiración fuera de la abadía, pues en el patio se pudo ver —aunque nadie advirtiera su llegada— una gran losa cuadrada de mármol, y sobre ella, un yunque^[6] de hierro, y clavada en el yunque, con la punta profundamente hundida en él, una gran espada de resplandeciente acero.

—Que nadie se mueva hasta que termine la Misa —ordenó el obispo cuando tuvo noticia de aquel prodigio—. Mas encomendémonos a Dios con redobladas energías para que nos ayude a encontrar el camino entre los terribles males que asolan nuestra tierra.

Cuando acabó la liturgia, el arzobispo y los señores y caballeros que estaban en la abadía salieron a ver aquella espada maravillosa. En torno al yunque, en el mármol, vieron letras grabadas en oro puro que decían:

EL QUE SACARE ESTA ESPADA DE LA PIEDRA
Y DEL YUNQUE ES EL REY LEGÍTIMO DE TODA BRETAÑA.

Al leer este mensaje, muchos trataron de extraer la espada, pero ni uno consiguió aflojarla ni siquiera el grosor de un cabello.

—No está el rey entre los aquí reunidos —dijo el arzobispo—, pero no dudéis de que Dios nos ha de enviar un nuevo monarca. Que se despachen mensajeros por todo el país, que se sepa lo que está escrito en esta piedra. El día de Año Nuevo celebraremos un gran torneo y entonces sabremos si nuestro rey se encuentra entre los que vienen a las justas^[7]. Hasta entonces, es mi consejo que elijamos diez caballeros para guardar la espada, y que sobre ella erijamos un rico pabellón que la proteja.

Así se hizo, y el día de Año Nuevo se reunió una gran multitud de caballeros. Pero ninguno fue capaz de arrancar la espada de la piedra. Entonces se apartaron un poco de

allí, y levantaron tiendas, y celebraron un torneo o batalla fingida en el que midieron sus fuerzas y su habilidad con la lanza de madera o con la espada ancha.

Y sucedió que entre los que vinieron al torneo estaba el buen caballero sir Héctor, y su hijo Kay, que hacía pocos meses que había sido armado caballero; y con ellos venía Arturo, el hermano pequeño de sir Kay, un joven muchacho de apenas dieciséis años.

Mientras cabalgaba hacia las justas, sir Kay advirtió de repente que se había dejado la espada en sus aposentos, y le pidió a su hermano Arturo que se la trajera.

—Enseguida —respondió el joven Arturo, siempre dispuesto a hacer lo que fuera por los demás, con lo que volvió al galope a la ciudad. Pero la madre de sir Kay había echado la llave a la puerta para ir ella también al torneo, así que Arturo se vio imposibilitado de entrar en la casa.

«Mi hermano necesita una espada —pensaba Arturo mientras volvía lentamente, preocupado sobremanera por su hermano—. Sería una gran vergüenza y motivo de crueles chanzas el que un caballero tan joven viniera a las justas sin espada. Pero ¿dónde le puedo encontrar una?... ¡Ya lo tengo! Había una clavada en un yunque en el patio de la iglesia. La cogeré: allí no vale para nada».

Así que Arturo espoleó^[8] su montura y se presentó en la iglesia. Ató el caballo al riel y corrió a la tienda que había levantada sobre la piedra, y se encontró que los diez caballeros que tenían encomendada su guarda también habían ido al torneo. Sin pararse a leer lo que ponía en la piedra, Arturo sacó la espada sin ningún esfuerzo, corrió hasta su caballo y, en un instante, estuvo junto a sir Kay, a quien entregó el arma.

Arturo desconocía el significado de ese acero, pero Kay, que poco antes había intentado arrancarlo del yunque, lo reconoció de una mirada. De inmediato fue hasta su padre, sir Héctor, y le dijo:

—¡Mirad aquí, señor! ¿No es ésta la espada que había que sacar del yunque? ¡Es claro pues que yo soy el rey legítimo de toda Bretaña!

Pero sir Héctor conocía demasiado bien a su hijo Kay, por lo que en vez de creerle volvió con él a la iglesia y allí, con la mano sobre la Biblia, le hizo jurar solemnemente decir la verdad sobre la manera en que se había hecho él con la espada.

—Mi hermano Arturo me la ha dado —respondió Kay con un suspiro resignado.

—¿Y tú? ¿Cómo conseguiste tú la espada? —preguntó sir Héctor a su hijo menor.

—Señor, os lo diré —respondió Arturo, temeroso de haber cometido alguna falta—: Kay me ordenó ir a por su espada, pero, al no poder traérsela, me acordé de esta otra que había visto clavada sin que a nadie sirviera en un yunque en el patio de la iglesia. Pensé que mi hermano le daría buen uso, así que se la traje.

—¿Había algún caballero guardando la espada?

—Ni uno —respondió Arturo.

—Bien. Vuelve a meter la hoja en el yunque para que veamos cómo la sacas —ordenó sir Héctor.

—Como gustéis —respondió Arturo, sorprendido por todo el alboroto que se estaba montando en torno a una espada, y la volvió a meter en el yunque.

Entonces sir Kay la cogió por la empuñadura y tiró con todas sus fuerzas. Pero, por más que forcejeó y pugnó por moverla, no consiguió aflojarla ni el grosor de un cabello. También lo intentó sir Héctor, sin obtener mejores resultados.

—Sácala —le ordenó a Arturo.

Y Arturo, cada vez más desconcertado, cogió la espada por el pomo y la extrajo del yunque como si la sacara de una vaina^[9] bien engrasada.

—Bien entiendo ahora —dijo sir Héctor, hincándose de rodillas ante Arturo e inclinando la cabeza en señal de reve-

rencia— que ningún otro sino vos es el rey legítimo de esta tierra.

—¿Por qué? ¿Por qué yo? ¿Por qué os arrodilláis ante mí, padre mío? —exclamó Arturo.

—Es la voluntad de Dios que aquel que extraiga esta espada de la piedra y del yunque sea el legítimo rey de Bretaña —dijo sir Héctor—. Además, aunque os amo tiernamente, no sois hijo mío, pues Merlín os trajo a mí cuando no erais más que un niño de pecho, y me encomendó que me ocupara de vos como si fuerais de mi propia sangre.

—Entonces, si es cierto que soy rey —dijo Arturo inclinando la cabeza sobre el puño en forma de cruz de la espada—, juro solemnemente dedicarme al servicio de Dios y de mi pueblo, a enmendar agravios, a combatir el mal, a traer la paz y la prosperidad a esta tierra... Buen señor, desde que tengo memoria habéis sido un padre para mí, permaneced a mi lado con el amor y los consejos de un padre; y a vos, Kay, mi hermano adoptivo, os pido que seáis senescal^[10] de todas mis tierras y caballero verdadero de mi corte.

Tras lo cual fueron al arzobispo y le contaron todo lo ocurrido. Mas los barones y caballeros, llenos de envidia y rabia, se negaron a aceptar que Arturo fuera su rey legítimo. Por ello se pospuso la decisión hasta la Pascua; y tras la Pascua hasta Pentecostés, o Domingo Blanco, como se decía por aquel entonces; y aun así, aunque muchos reyes y caballeros vinieron a probar sus fuerzas, sólo Arturo fue capaz de sacar la espada del yunque.

Entonces las gentes empezaron a aclamarle: «¡Arturo! ¡Nuestro rey es Arturo! ¡Es la voluntad de Dios que sea nuestro rey! ¡Dios salve al rey Arturo!». Y se arrodillaron ante él, nobles y villanos juntos, ricos y pobres, y le pidieron merced por haberse demorado tanto en proclamarle. Y Arturo los perdonó de corazón y, arrodillándose él mismo, le entregó al arzobispo la espada maravillosa para recibir de él la alta y sagrada Orden de la Caballería. Y entonces vi-